

Con temerario orgullo y osadía
En el cuartel morisco se lanzaron;
Adonde á la sazón rumor no había
Ni seña de las que antes concertaron;
Tanto, que cada cual desconocía
El sitio mismo, y todos se turbaron
De aquella novedad, que no sabían
Quién fuese causa; y entre sí decían:

«¿Dormimos ó velamos, compañeros?
¿Qué tierra es esta á que hemos arribado?
Si no es el Albayzín, de muy groseros
Debemos el camino haber errado;
Si es él, ¿do están agora los guerreros
Que con tanta eficacia han procurado
De mucho tiempo atrás nuestra venida
Como total remedio de su vida?»

«¿Qué es del orgullo? ¿Qué es de las banderas,
Los pertrechos y máquinas secretas?
¿Qué es del estruendo? ¿Adónde están las veras?
¿Dónde también las lanzas y escopetas?
¿Cómo para partirse delanteras
Las mujeres y edades imperfectas,
No cargan el bagaje á toda furia,
Teniendo la tardanza por injuria?»

Estas exclamaciones y otras tales
Sembraban con recelo y altiveza,
Escudriñando atentos los umbrales
Por inquirir el fin de la extrañeza,
Cuando sintieron voces, que formales
Estas fueron: «Dejaos desa simpleza;
No andéis en vano aquí haciendo alarde,
Hermanos, que venis pocos y tarde.»

Oída la respuesta desdeñosa,
Replican sin tardar desta manera:
«¡Oh gente infame, vil y mentirosa,
Canalla con razón percedera!
No penseis que la vida vergonzosa,
Por quien huís la gloria verdadera,
Aseguráis con vuestra cobardía;
Que antes la perderéis por esa vía.»

«¿Quién salta foso, y tarde se arrepiente,
Ni bien llegado tuvo pensamiento
Ni vuelve á do partió, y forzosamente
Halla el peligro en su arrepentimiento;
Así el pasado brio impertinente,
Y el presente fingir falso escarmiento,
Oshan de abandonar en el profundo
De todas las miserias deste mundo.»

Tras esto, comenzó á echar un bando
En alta voz, y dijo el pregon fiero:
«Abenhumeya, rey de nuestro bando
Natural y señor mas verdadero,
Os manda que no estéis disimulando
Con el temor servil de ajeno fuero,
Certificándoos que á su cargo toma
El defender la secta de Mahoma.»

«Y que ya el de Marruecos ha venido
A ligarse con él para esta guerra
Con ejército grande y corregido
Y absoluto poder en mar y tierra.»
Así acabó, y al punto un alarido
Hirió el aire, atronando llano y sierra,
Al son de gaitas y de tamborinos,
Que incitaban los ánimos malinos.

Sembrado aquel escándalo, se fueron
Con otros pocos que tras sí llevaron,
A los cuales, no solo persuadieron,
Pero á todos los mas que allí quedaron;
Mas con nuevo discurso que hicieron
Para estar á la mira se guardaron;
Aquellos van, en fin, al reyzeuelo,
Y estos quedando esperan con recelo.

Ya del levantamiento escandaloso
Por toda la ciudad rumor se oía,
Y el novelero vulgo bullicioso
Sus lenguas sin compás desenvolvía,
Cuando el caudillo pronto y valeroso
Que dentro del Alhambra residía,
Viendo las cosas en confuso estado,
El camino eligió mas acertado.

Don Inigo Hurtado entonces era
Sucesor y legítimo heredero
Del que por fama ilustre y verdadera
En aquel reino alcaide fué primero;
Su hijo don Luís le sucediera;
Así que, era don Inigo el tercero,
No desigual al padre ni al abuelo
En ánimo, en prudencia, en justo celo.

Y la clemencia de sus buenos hados
Señal dió clara en ocasión tan ciega,
Porque los muchos pueblos conjurados
Que habitaban la fértil y ancha vega,
Estaban prevenidos y citados
Para mezclarse á un tiempo en la refriega
Al helicoso son de dos cañones,
Marchando apriesa con sus escuadrones.

Debe notarse que Inigo el prudente
Había acaso dado para armarse
El mismo contraseno entre su gente
Si viesen los moriscos levantarse;
Mas, venido el tumulto y accidente,
No quiso hacer muestra de alterarse;
Así que, en los escándalos mayores
Mudó sus pareceres en mejores.

Mandando que soldado ni artillero
Tirase pieza ni hiciese estruendo;
Lo cual fué salvamento verdadero
Del naufragio que se iba pareciendo;
Porque luego con impetu guerrero
Los de la Vega, el contraseno oyendo,
Se vinieron cubriendo los caminos
Hasta los altos muros granadinos.

Ya los del Albayzín necesitaran
A declararse; y como descubiertos
Los unos y los otros asaltarán,
De morir ó vencer del todo ciertos,
Los que iban á la sierra se tornarán,
Abriendo puerta á nuevos desconciertos.
Mirad de cuán livianas ocasiones
Se viene á colmo de íntimas pasiones.

En esto el alba da con luz dudosa
Indicio de la cierta y verdadera,
Y el Marqués sin recelo subir osa
Al Albayzín, que rabia y desespera;
Mas él con elocuencia generosa
Comienza á conhortalle de manera,
Que fué reparo á su congoja extraña,
Y heroico beneficio para España.

Porque si el Albayzín se saqueara
Con disoluta militar licencia,
Como el voto comun con voz muy clara
Tenía pronunciada la sentencia,
De sana y de temor se rebelara
El Alpujarra toda en competencia,
Y no se refrenara fácilmente
El soberbio furor de tanta gente.

Por esto el de Mondéjar les obliga
Mostrando tener dellos buen conceto,
Y sus neutrales ánimos mitiga
Con artificio de orador perfeto;
«Desechad el temor y la fatiga,
Les dice, y cada cual esté quieto,
Amigos, que no habrá quien os ofenda:
Gozad en paz las vidas y hacienda.»

«Aquellos insolentes del ruido
Serán según su culpa castigados,
Y vosotros, que habeis fieles sido,
Según vuestra bondad remunerados;
Que yo tengo por cierto y entendido
Que hombres infames y desesperados,
Por mas que hagan, no podrán haceros
Buscar desasosiego en que perderos.»

Fué de aquel eficaz razonamiento
La persuasión y efeto poderoso,
Tal, que á todos sacó de pensamiento
Las dudas y el orgullo escandaloso;
Y así, con general contentamiento
Se encomendaban al Marqués piadoso;
Y ofreciendo obediencia verdadera,
Comiénzanle á hablar desta manera:

CANTO III.

Vuelve la gente que había salido á reconocer qué camino habían hecho los moriscos. El marqués de Mondéjar sale en su seguimiento, y no pudiendo alcanzarlos, se vuelve á Granada. El reyecillo se junta con su gente en Béznar, y entra en la Alpujarra haciendo grandes crueldades. Vuelve el Marqués á salir, y da batalla á Abenhumeya.

Grandes cosas descubre el pensamiento
Tan á perder de vista, que el sentido
Se turba, y no da fuerzas á mi aliento
Que basten á cumplir lo prometido;
¡Oh madre de la gracia, por quien siento
El corazón devoto y encendido,
Gobierna y rige tú mi débil mano,
Porque mi pluma exceda al vuelo humano!

No canto yo en sofística armonía
El fabuloso imperio de fortuna,
Ni afirmo con licencia de poesía
Que puede haber á caso cosa alguna;
Los cielos hizo quien los cielos guía,
Y cuanto está debajo de la luna
Al mismo Hacedor está sujeto,
Que es de todo la causa y el objeto.

Este Legislador de la natura
Dejó en el hombre libre el albedrío,
Con el mas noble ser de criatura
Del mundo, y dióle dél el señorío;
Mas, como es hijo de la tierra dura,
A tal dureza llega y desvario,
Que olvida, embriagado en su miseria,
La inmortal forma por la vil materia.

Ríndese al apetito en torpe guerra,
Y quiere en el pecar salvoconduto;
Tanto, que, errando siempre, tanto yerra,
Que hace ley su gusto disoluto;
Como el profeta falso que en la tierra
Para el infierno impuso el gran tributo;
Que agora es causa aquí de mis querellas,
Pues de su fuego son estas centellas.

Granada ya en quebranto estaba puesta;
Y el Marqués, previniéndose á la guerra,
Esperaba por horas la respuesta
De hombres que fueron á correr la tierra
Para saber la vía manifiesta
Por donde se volvieran á la sierra
Aquellos temerarios precursores
De todos los escándalos y errores.

Estando pues suspenso, aunque alterado,
El pueblo, lleno de rumor de gente,
Llegó la nueva que se había esperado,
Y relación del bando inobediente.
Febo, que en el austral solsticio helado
Mostraba entonces su dorada frente,
Tenía la brevísima jornada
En dos iguales partes nivelada.

La Alhambra hizo el son pesado y fiero,
Las vegas y los montes retumbaron,
Y muchas madres con temor sincero
Sus hijos á los pechos apretaron;
Las aves prestas el volar ligero
Al cerco de la luna levantaron,
Y en toda la ciudad se oyó ir creciendo
Un disonante y helicoso estruendo.

Como al orgullo y grita de monteros,
Los canes de que Irlanda mas se esmera,
Corriendo vienen bravos y ligeros
Cuando se halla la selvaje fiera,
Los altos riscos, ásperos y fieros,
No hacen tarda la veloz carrera,
Ni el monte espeso ni el zarzal esquivo
Refrenar pueden el feroz motivo;

Así, rompiendo priesas y embarazos,
Que trae consigo la primer jornada,
Algunos se escaparon de los brazos
Donde su fuerza amor tenía empleada;
Otros aun no esperaron los abrazos
De anciano padre ó madre lastimada;
Que cuando el templo januo abrir se siente;
Amar y obedecer es ser valiente.

De aquí uno, de allí dos, y de otra parte
Tres, cuatro, cinco ó mas, correr se vian,
Y siguiendo el católico estandarte,
En número y en ánimo crecían;
Al campo apriesa salen de aquel arte
Que el agua que las nubes nos envían
Se va juntando, hasta que se incluye
En conducto que al mar la restituye.

Mientras que marcha con la infantería
El de Mondéjar, va mas adelante
Por general de la caballería
Un caballero á Marte semejante;
Su coraje, su punto y gallardía,
Su clara estirpe es justo que se cante:
Don Alonso de Cárdenas se llama,
Del tronco de la Puebla hercúlea rama.

Guaba pues su gente, acelerando
El paso, por coger en descubierto
Los moriscos, que se iban acercando
A la falda de un monte áspero y yerto,
Que está la ardiente esfera amenazando,
Con helado cristal siempre cubierto,
Como parte de aquella que es llamada
Por larga perscripción Sierra-Nevada;

Mas de los nuestros fué el afán perdido,
Y no pudo el alcance efectuarse;
Que el tiempo que en salir habían perdido
No fué posible entonces restaurarse.
Ya del primero móvil compelido,
Bajaba el claro sol para abrazarse
Con Tétis grave, cuando el seguimiento
Reparó en el mayor impedimento.

Así porque era invierno y á tal hora,
Como porque ya estaban emboscados
Los peridos contrarios, que á deshora
Osaban hacer muestra de esforzados.
Razon será tratar un poco agora
De cuanto aquellos iban obstinados;
Y una sola maldad, según contemplo,
Podrá de las demás ser claro ejemplo.

Entre los que huyeron de Granada,
Arrebatados del motín primero,
Sin dilación salió, y con mano armada,
Un hombre alborotado y novelero,
Llevando tras su furia acelerada
Dos hijas que tenía el monstruo fiero,
La una zagaleja de quince años,
Y otra que estaba en los primeros paños.

Al cinto asida aquella le seguía
Atónita y con pasos desiguales;
Esta, que apenas con los pies había
Tocado de la vida los umbrales,
En los robustos brazos sostenía,
Que fueron los verdugos infernales,
Trangresores del orden de natura,
Del paternal amor excepcion dura.

Porque, como los nuestros ya sintiese
Que por momentos mas le van entrando,
Y el peso embarazoso le impidiese
Los suyos alcanzar, que iban volando,
Dejarle quiso, y porque no viniese
A dar en manos del piadoso bando,
Le puso en las cruces de la muerte:
¡Oh corazón terrible! Oh caso fuerte!

«No puedo ya, les dice, ¡oh hijas mías!
Sobre el cansado cuerpo comportaros,
Ni el alma en cuanto durarán mis días
Podrá por mi dolor de si apartaros;
Seréis luego primitiva en las porfias,
Y para esclavas tengo de dejaros
De aquesta gente odiosa, mi enemiga,
Que hallará su premio en mi fatiga.

»No, no ha de ser así, ni mi paciencia
Podría tolerar injuria tanta.»
A questo dicho, la final sentencia
Mete en ejecución, y al orbe espanta:
Un agudo puñal con violencia
Ensangrentó en los pechos y garganta
De la hija mayor, y en tiempo breve
La otra sepultó en la blanca nieve.

Negaba ya su luz serena y pura
A los mortales el señor de belo,
Dando lugar á la tiniebla oscura
Y al ornamento del octavo cielo.
Era del sitio la aspereza dura,
Duro el peligro y el rigor del hielo;
Y así, volver los nuestros á Granada
Fué la resolución mas acertada.

Hallaron la ciudad triste y llorosa,
A tanta incertidumbre reducida,
Que, siéndole su ausencia muy penosa,
No se pudo alegrar con su venida;
Vuela la fama, que jamás reposa,
Con duplicada carta y mas cumplida;
Y conversando con diversas gentes,
Hace tambien efectos diferentes.

Mas ya los rayos del siguiente día
Por el hermoso oriente blanqueaban,
Y el velo obscuro de la sombra fría
Del hemisferio nuestro aluientaban
Cuando la inica y dura compañía,
A quien mas cada hora se juntaban,
Hizo con temerario atrevimiento
A su elegido rey recibimiento.

Halláronle, según era el concierto
En un lugar que Béznar se apellida,
Y es en Valdeleclín, término cierto,
Que está de la Alpujarra á la salida;
Allí la desvergüenza al descubierto
Osaba andar mas suelta y conocida,
Y la soberbia que injuriaba al cielo
Se prostraba al maldito reyezuelo.

Uno le besa el pié y otro la mano,
Con lágrimas de amor ardiendo en saña,
Diciéndole: «¡Oh Rey, nuestro soberano,
Reparador del mal que así nos daña,
Por años puedas mil reinar ufano,
Y tal ventura tengas en España,
Que no hallen contraste tus deseos
De Cádiz á los montes Pirineos!

»Y desde allí á los Alpes encumbrados
Te acompaña de César la fortuna;
El reino de Saturno de á tus hados
Obediencia apacible y oportuna;
Trinacria, sin debates porfiados,
Huelge de ser contigo siempre á una;
Venecia se te dé, tambien Bretaña,
Las dos Panonias, Flandes y Alemania.

»Entonces se verá un siglo dorado,
Y el mundo, á mejor suerte reducido,
Descansará con verse sojuzgado
De tí y del otomano esclarecido,
Cuya felicidad y firme estado
Harán perpetuo el parentesco unido
Que habrá de afinidad con lazo estrecho,
Comun en el honor y en el provecho.

»Sabemos por antigua profecía
Que tu real tronco por su línea reta
Un inclito varón produciría
Para ensalzar á nuestro gran profeta;
Por tí el divino oráculo decía:
No hay otro Abenhumeya á quien competa;
Tuya es la precedencia favorable
Por ley justa y sentencia irrevocable.

»Hacémoste solemne juramento
De agora y para siempre obedecerte,
Con todo aquel debido acatamiento
Que amor y temor pueden ofrecerte,
Sin que nos puedan ser impedimento
Las temidas insidias de la muerte;
Antes por tí al camino le saldremos,
Y su terrible nombre invocaremos.

»No será necesario que se escriba
Esto, ni que nosotros lo firmemos;
Que presto se verá en la furia esquiva
Con que á tus enemigos domaremos;
Con rojas letras de su sangre viva
Tus altos privilegios probaremos;
Las armas crían los emperadores,
Que no los elocuentes oradores.»

Signió á aquestas palabras el estruendo
De confuso gritar, y el gran ruido
El aire cerca y lejos fué hiriendo,
Que reiteraba el son estremecido;
Mas ¿qué hará Granada, que sintiendo
Está el acerbo ultraje y mal partido,
Si el remedio conviene darse luego
Y el caso es grave, peligroso y ciego?

¿Qué medio razonable habrá que pueda
Desórden componer tan intricado?
¿Qué embajador que hable ni interceda
Con un furor rebelde y obstinado?
¿Quién al campo saldrá, si en casa queda
El enemigo cierto aposentado,
Si todo en fin estaba de tal arte,
Que habia inconveniente á cada parte?

Andaban tan validos vanos cuentos,
Que daban al mentir larga licencia,
Pasando la palabra por momentos,
Nacida de malicia ó de inocencia;
Al persuadirse los entendimientos
No consultaban mucho la prudencia,
Antes algunos si después oían
Lo que ellos inventaron, lo creían.

Y así, la nueva como mas lo fuese,
Era luego á las otras preferida,
Sin que á lo verisímil se atendiese,
Ni á la prueba de parte conocida;
Mas, aunque en esto confusion hoviese,
No dejaban pasar hora perdida
La fragua ardiente y el voraz cepillo,
La ronca lima, el sonador martillo.

Con las otras maneras de instrumentos
De armigeros maestros y oficiales,
A cuya industria y golpes violentos
Se disponen y rinden los metales,
Y aquella furia de los elementos,
Pestilencia rabiosa de mortales,
A toda priesa entonces se hacia
En inflamados hornos noche y día.

Era pues el orgullo de manera,
Que no exceptaba condicion de gente,
Edad, oficio, cargo, ni pudiera
Alguno reservarse justamente;
La autoridad pacífica y severa
De aquellos que el saber resplandeciente
Sube al gobierno y mando de la tierra,
Las armas se vestia al son de guerra,

Reconociendo bien por experiencia
Aquel proemio de Justiniano,
Que dice ser las armas y la ciencia
El nervio y fuerza de la regia mano:
De digno varón es digna sentencia
Que el áspero camino vuelve llano,
La república adorna y aprovecha,
Y hace que se reine sin sospecha.

Estaba ya la guerra declarada,
Y el negocio venido en rompimiento,
La gente ruda andaba alborotada,
La discreta encubria el sentimiento;
Cuando España, devota y angustiada,
Al cielo alzó la voz con triste acento,
Diciendo á Dios: «¡Oh Padre piadoso!
Oye mi sentimiento doloroso.

»Si domé las antárticas regiones
Por tí, Dios mio, y vi otro nuevo día;
Si tu ley escribí en los corazones
De aquella gente que ídolos creía;
Si por trabajos y persecuciones
Prosigo esta demanda todavía;
Si procuro lanzar con guerra tanta
Al turco inmundado de la casa santa,

»Toque el amargo son de mi gemido
Tus grandes puertas de misericordia,
Y responde al remedio que te pido
De los cristianos reyes la concordia;
Que los mortales golpes que he sentido
Y agudos filos de civil discordia
Avivan y encruelen mis dolores
Con el justo temor de otros mayores.

PE-II.

»Nave de Pedro soy, y en el mar fiero
Resisto al cierzo, al ábrego y solano;
Pío Quinto es mi santo marino,
Y Filipe el timon lleva en la mano:
Al uno el corazón puro y sincero
Es aguja, y tú el norte soberano;
Al otro el claro ingenio que á tí ofrece
La vista informa y brazo fortalece.

»Mil Scilas, mil Caribdis peligrosas
Me niegan el seguro y dulce puerto;
Si aqueas manos tuyas poderosas
No me conceden salvamento cierto,
Duros peñascos, sirtes arenosas,
Soberbias ondas, nuevo desconcierto,
Me rompen, me detienen y me anegan
A vista de la tierra que me niegan.»

Como padre que al hijo llorar siente,
Y movido á piedad del blando ruego,
Le mira atento con severa frente,
Disimulando el amoroso fuego;
Y aunque ha concedido interiormente
Con lo que el niño pide, no así luego
Manda que se le dé lo que desea,
Para que humilde y moderado sea;

El Padre celestial desta manera
Se hubo con su España tan querida,
Y por desarraigar la secta fiera
Que estaba en la Alpujarra endurecida,
Permitió que la guerra procediera
Sangrienta de ambas partes y renida,
A los suyos dejando amenazados,
Y á los rebeldes impios castigados.

En tanto que esto en la ciudad turbada,
Juntando armas y gente, sucedía,
La secta inobediente y obstinada
Inormes culpas contra Dios hacia.
Suene mi voz llorosa y lastimada;
Mueva justo dolor la lengua mia,
Y hiera el triste son, hiriendo el viento,
Las almas con debido sentimiento.

Entró en Granada un hombre destrozado,
Ensangrentado el rostro y el vestido,
Triste el semblante, el paso apresurado,
Corto el aliento, flaco y consumido;
Llegó de vulgo y juventud cerreado
Al Alhambra, y en ella recibido,
Al Marqués se humilló, y con voz penada
Dió principio á su misera embajada:

«Señor, le dijo, vengo á tu presencia,
El alma traspasada de dolores,
Con nuevas que no sufren elocuencia,
Corteses circunloquios ni primores;
Tristeza, llanto, afán, pena, dolencia,
Serán aquí retóricos colores,
Pues tanto mal carece de consuelo,
Si no es de mano del que rige el cielo.

»Yo soy uno de aquellos sin ventura
Que por influjo de contrario sino,
Naciendo en la Alpujarra mal segura,
Amalla como á patria nos convino,
Bien que la vecindad estrecha y dura
Del odioso linaje serracino,
Mostrando sus dañadas intenciones,
Présagos hizo nuestros corazones.

»Mas nunca pudo la fatal mudanza
Como debiera ser de nos temida;
Y así, con una débil esperanza
Nos era menos grave aquella vida;
Oye pues la miseria y mal andanza
De nuestra suerte ingrata dolorida,
Terrible en especial para conmigo,
Pues me quiso hacer parte y testigo.

»Fui á visitar en aciago día
Una majada pobre de ganado,
Y á la tarde á mi casa me volví
A ver el bien que en ella habia dejado;
Estos eran seis hijos que tenia,
Y una mujer que Dios me habia dado,
Honrada, sabia, casta y amorosa,
Con razonables partes de hermosa.

»Para llegar al pueblo me faltaba
Distancia de dos tiros de ballesta,
Cuando un gran fuego vi que del alzaba
La llama al cielo clara y manifiesta;
Oí clamor de gente que gritaba
Con voz confusa y perdición funesta,
Cuyas quejas sentía interpoladas
De tiros de arcabuz y cuchilladas.

»La sangre me cuajó un helado miedo,
Sueño mortal traspuso mi sentido,
Los pies se me turbaron, y el denuevo
De los vecinos males fué vencido.
En este amargo trance estuve quedo
Un breve espacio; mas el gran ruido
De nuevo penetró mi sentimiento
Con ira ardiente, y me volvió el aliento.

»Y así, con presto paso y alma osada,
Proseguí el triste fin de mi viaje,
Para acabar con mi familia amada
La vida, ó defenderla sin ultraje;
Llegué al lugar, y luego vi la entrada,
El fiero estrago del cruel linaje,
Que no me dió lugar un solo instante
De llevar mi propósito adelante.

»No sé qué brazo ejercitado y fuerte
Me dió en los pechos con un canto duro,
Y dando en tierra, me hallé de suerte
Que el sol me pareció negro y oscuro;
¡Oh venturoso yo, si allí la muerte
Me diera, cual pensé, puerto seguro,
Y excusara con sola una herida
Las muchas que padece esta mi vida!

»Después de haber estado larga pieza,
Como, Señor, te he dicho, transportado,
En mi torné, y alzando la cabeza,
De verme vivo me quedé asombrado;
Mas, como de un dolor otro se empieza,
Y el mismo morir huye al desdichado,
Recuperé el sentido ¡ay triste! cuando
Era partido ya el morisco bando.

»La vista revolvi, y á cada parte
Hallé cuerpos difuntos que yacían,
Entre los cuales no sabría contarte
Las disformes heridas que tenían;
Solo diré que estaban de aquel arte
Que las furiosas ondas los envían,
Cuando, impelidos de tormenta fiera,
Causan horror y llanto en la ribera.

»Vi el templo santo puesto por el suelo,
Representando su cruel ruina,
Muertos los sacerdotes, y su duelo
Testificando su fiel doctrina;
El persiguirse, en que con limpio celo
Habían impuesto aquella gente indina,
Tenían en los pechos y semblantes
Sellado con heridas penetrantes.

»En este atroz martirio y otros tales
Bien se pudiera al vivo figurado
Entender el proceso de mis males;
Mas quise dellos ser mas informado;
Habiendo pues los míseros umbrales
De mi infelice casa atrás dejado,
Temblando escudriñé los aposentos,
Y archivos los hallé de mis tormentos.

»Entre su sangre vi los inocentes,
De las manos sacrílegas deshechos,
Con llagas frescas y resplandecientes
Pasadas las cervices y los pechos;
Otras anatomías insolentes
Hallé en sus rostros para mis despechos;
Tanto, que apenas conocer podía
Los hijos á quien yo engendrado había.

»Mil veces los llamé por nombre en vano,
Interrumpiendo su mortal reposo,
Y tratando sus llagas con la mano,
Cruel me parecí, de muy piadoso;
Luego á la fuerza del dolor insano
Acometi con llanto caudaloso,
Y di recios bramidos sin concierto,
Como leona sobre el hijo muerto.

»Ronco ya de llorar, con voz doliente
Me quejaba á mi dulce compañera,
Contándole mi pena eñicazmente,
Como si el cuerpo frío lo sintiera.
En esto el claro sol llegó á occidente,
Y la noche mostró su vista fiera;
Tiempo oportuno á la tristeza mia,
Como al que alegre está el sereno día.

»Cubierto pues del tenebroso manto,
Solté mejor la rienda á mis gemidos,
Y la justa ocasión del triste llanto
De nuevo hizo guerra á mis sentidos;
Las fieras de los montes entre tanto
Bajaron con horrisonos aullidos,
A dar á algunos muertos sin ventura
En sus golosos vientres sepultura.

»La luz, al mundo clara y agradable,
Asomaba ya entre uno y otro polo,
Trayendo á todo triste y miserable
Consuelo, sino fué para mí solo,
Que, viendo el espectáculo espantable,
Llamé enemigo al resplandor de Apolo,
Duro accidente de mis graves males,
A ejemplo de las penas infernales.

»En fin, por no alargar mi triste cuento,
Yo enterneci y rompí la dura tierra
Con lágrimas y hierro, y al momento
Le di despojos de la injusta guerra;
Obsequias canté al son de mi tormento,
Diciendo: ¡Oh cuerpos nobles, do se encierra
Mi ánima angustiada y afligida,
Que por las vuestras anda de partida!

»Pues el continuo afán de mi ejercicio
En adquirirlos el sustento humano;
La horrible Parca, usando de su oficio,
Ha hecho ya con mi descanso vano,
Aqueste piadoso beneficio
Recibid á lo menos de mi mano,
Hasta que el alto Dios servido sea
Llevarme adonde para siempre os vea.

»Así del paso me partí aciago
Habrá dos días, que parecen años,
Sabiendo bien cual es del mundo el pago
A tanta costa de mis propios daños;
Nunca por Roma padeció Cartago,
Ni Roma por los bárbaros extraños
Tanta persecucion, que mi fatiga
Su mal no imite y su rigor no siga.

Aquí dió fin á su mortal querrela
Este que con razon se lamentaba,
Y el Marqués entendió del tenor della
Que la tardanza apriesa amenazaba;
Y así, para poner remedio en ella,
Con la gente que á punto se hallaba,
Ordena de salir á la campaña
Con santo celo y con honrosa saña.

Mas ya de la comarca concurría
Tropel de gente, que á la fama vino,
De la fértil y rica Andalucía
Y todo aquel distrito convecino;
Sueltos jinetes, buena infantería,
Con mucha lanza, mucho arcabuz fino,
Llegaban á Granada de hora en hora,
Que esto agradece y sus desgracias llora.

Íbase el de Mondéjar acercando,
Con buen concierto, á la fragosa sierra,
Y las escuadras le iban alcanzando,
Puestas en orden con ardid de guerra;
Las súbitas insidias recelando
Por el áspero sitio de la tierra,
Que en la templada y apacible España
A los Alpes imita de Afeaña.

Con el caudillo intrépido y severo
Va á punto con su gente de á caballo,
Aquel que de la Puebla es heredero,
Y yerno suyo, digno de estimallo;
Va también su retrato verdadero,
Perdona si tu ingenio y virtud callo,
¡Oh don Francisco de Mendoza raro!
Pues no saber loarte es lo mas claro.

Allá por donde Céfiro respira
El almo Febo había tramontado,
Y nuestro campo, puesto ya á la mira
Del otro, en el Padul se había alojado;
La muda noche pasa, el sueño inspira
Reposo, solamente asegurado
De la advertida y diligente vela
Que hace la nocturna centinela.

Quando en Dúlcár, lugar que cerca estaba
Del Padul, algun tanto guarnecido,
Se tocó al arma porque en él se entraba
Grande parte del bando descreido.
El nuestro, que sintió lo que pasaba,
Acude, como suelen al bramido
De la inocente res fidos mastines
Contra lobos rapaces y malsines.

La alteracion, la priesa, el tiempo obscuro,
Y ser tan poco plática la gente,
Hizo ser aquel trance mal seguro,
Que fuera segurísimo otramente;
Porque, llegados al recuento duro,
Los nuestros se mezclaron ciegameñte;
De suerte que el engaño en los amigos
Daño como en los mismos enemigos.

La escaramuza peligrosa y fuerte
Con su mismo desorden se encruelce,
Hace la confusion comun la suerte,
Y enemigo el error quien le parece;
Este al que amaba causa esquiva muerte,
El otro da la vida al que aborrece;
¡Oh dura condicion, caso inhumano!
¡Oh género de guerra mas que insano!

Del castellano bando cuatrocientos
En la ciega revuelta muertos fueron,
Y del morisco mas de otros quinientos
Al tartáreo Aqueronte descendieron;
Mas cuando los concordés elementos
La venida del sol agradecieron,
Sin detenerse mas la vil canalla,
Busca la sierra y huye la batalla.

La sierra buscan, que es la fortaleza
De que ellos mayormente se fiaban;
Mas los caballos nuestros con presteza
Los pasos y el vivir les acortaban;
La humana frágil misera corteza
Con las agudas lanzas destrozaban
A tantos, que los fértiles arados
De cuerpos parecia estar sembrados.

Aquí los dos cuñados generosos,
Como otros fuertes dos nuevos Atridas,
A muchos de los moros alevosos
Privaban de las almas y las vidas;
Hubo entre ellos algunos animosos
Que perdellas osaban bien vendidas,
Haciendo rostro con denuedo extraño,
No sin mezclar estorbo, ofensa y daño.

Tal hubo allí que, della atravesado,
Iba subiendo por el asta arriba,
Y por poco se viera antes vengado
Que muerto, aunque de forma tan esquiva;
Y así, no debe ser menospreciado
El mas flaco enemigo en cuanto viva;
Que el destroncado toro se levanta
En ocasion que mata, aunque no espanta.

Cesó el alcance bien entrado el día,
Y á recoger tocó la seña luego,
Porque el lugar y tiempo requería
Meterse en orden y tomar sosiego;
Mas, como aquella gente nunca habia
Ejercitado el belicoso juego,
Sintió sus duras leyes de manera
Que muchos rehusaban la carrera.

Y habiales el miedo en tanto grado
Envilecido en el furor primero,
Que, yéndose con paso apresurado,
Temia cada cual ser el postrero;
Que el arduo y noble oficio de soldado,
Crisol de la fineza verdadero,
Es un saber que nace de experiencia,
Y una cuerda osadía con paciencia,

Es constante virtud, que no se aprende
En los confines de la patria amada,
Do á cada paso al sufrimiento ofende
Memoria de la vida regalada,
Como claro de aquí se comprehende,
Sin mil ejemplos de la edad pasada;
Y así, es ardid que importa dar la guerra
Al enemigo á vista de su tierra.

Mas el Marqués, que deshacerse mira
El bisoño escuadron cada momento,
Cual nieve al sol cuando al verano gira,
O fuego al agua, ó como polvo al viento,
Puso á su corazon instintos de ira,
Y espuelas al caballo, con intento
De poner freno á todos con vergüenza,
Y castigar quien della no se venza.

Apriesa los asalta, y desta suerte
Los reta de la torpe cobardía:
«¡Oh adulterinos de la nacion fuerte
Que es hoy espejo de la valentía!
¿Adónde os lleva el miedo de la muerte,
Que espantar otro tiempo no solía
Aquellos que ganaron combatiendo
La misma tierra que pisais huyendo?»

»Teniendo aun ellos por competidores
Moros valientes en esfuerzo y maña,
No estos pocos descalzos labradores
Que desarmados van por la montaña,
¿Por qué desconocéis vuestros vigores?
Por qué arrastrais el crédito de España?
Por qué ese miedo infame así os arguye,
Que os obliga á huir de quien os huye?»

»Pero ya que teneis los pies gallardos,
¿De qué sirve ese peso impertinente
De espadas, arcabuces y de dardos,
Duras corazas, malla reluciente?
¿No veis que en el correr os hará tardos,
Y que no vais con hábito decente?
Al sordo ¿qué aprovechan blandos sonos,
Ni á liebres pieles fuertes de leones?»

»Mejor será que os despojeis temprano,
Como habeis de hacello mal y tarde;
Por tanto, quien quisiere irse liviano
Las armas deje aquí como cobarde.»
Así acabó, y la espada alzó en la mano,
Jurando por la vida (que Dios guarde)
Del Rey, que matará á quien se mudare
Si primero las armas no dejare.

Mas ellos, conociendo su delicto,
Que es escalon primero de la enmienda,
Con ojos bajos y semblante alicto
No esperan á que mas se reprehenda;
Antes apriesa vuelven al conflicto,
Y con deseo de que nadie entienda
Que jamás pretendieron retirarse,
En ocasiones piensan señalarse.

Así el campo se pudo ir recogiendo
Hasta cerca del puente de Tablate,
Porque es paso forzoso aunque estupendo,
Y cumple que se gane por combate.
Este es un puente el cual no está midiendo
Corriente rio que sus piedras bate,
Mas un foso profundo, que se extiende
Por largo espacio, y el camino hiende.

De aquella banda mira al mediodía,
Desta al septentrion, y así del valle
Divide la Alpujarra, y es la via
Por donde nuestra gente debe entralle.
Otra dificultad mayor habia
En el difícil paso que pasalle,
Porque hay á la otra parte un monte fiero
Que le tiene debajo á caballero.

Donde ya el reyezuelo habia sentado
Su ejército insolente y atrevido,
Después de roto el puente, aun no fiado
De estar solo en el sitio preferido.
En un caballo bien enjaezado
Andaba, de color verde vestido;
Y á la maldita y áspera canalla
Desta manera exhorta á la batalla:

«Ea, mis valerosos seguidores,
Ea, leones, ea, soldados míos,
Agora es tiempo de mostrar vigeos,
Bravos corajes y encendidos bríos,
Contra aquellos vestidos de colores,
Llenos de recamados atavíos,
Que nos vienen buscando por su antojo,
Pobres de esfuerzo, ricos de despojo.»

«Gente es que suele andar toda su vida
Las manos en los guantes ó en el seno;
Usan pantuflos en la edad florida,
Siendo apacible el temple del terreno;
Desmáyanse si tarda la comida;
Huyen, como de peste, del sereno;
El aire los ofende cuando pasa,
Y si este no los hiela, el sol los asa.»

«Agora el trabajar pisando hielo,
Bebiendo del, y á veces de mañana,
Y por cama la tierra, y techo el cielo,
Amanecer la barba crespa y cana,
¿Cómo pensais, decid, que venga á pelo
A gente delicada y holgazana,
Sin desear la muerte aborrecida,
Por no sufrir tal género de vida?»

«Mas ¿en qué me detengo, si á la clara
Los conoceis, cual yo, de luengo trato?»
Interrumpiéndole en esto la algazara
Del arrogante vulgo y el rebato;
El cual, viendo los nuestros cara á cara,
Comenzó con villano desacato
A pregonar injurias fanfarronas,
Sin excepcion de cargos ni personas.

Al punto pues que de una y otra parte
Dieron de arma señal con fiero estruendo,
Los hondos valles con el son de Marte
Se estaban reciamente estremeciendo;
Las armas que inventó la infernal arte,
Relámpagos y truenos despidiendo,
Lanzaban juntamente en competencia
Rayos sin piedad ni resistencia.

Vuelan en fin las balas contrapuestas,
Causando estrago y muerte acelerada,
Escupen flechas duras las balistas,
Con la yerba mortífera aplicada.
Entre aquellas demandas y respuestas
Andaba entre la gente de Granada,
A la cual la vanguardia había tocado,
Solicito el Marqués y desarmado.

El de Mendoza claro conocía
El peligro á que estaba entonces puesto,
Y que á su cargo allí no competía
Tan mal seguro y arriscado puesto;
Y como de otra parte visto había
El temor de los suyos manifiesto,
Entendió que el consejo mas prudente
Era dalles ejemplo de valiente.

Mas su animoso yerno en tal estrecho
Le dijo: «Pues del todo te aventuras,
Contra las observancias y derecho
Que se requieren en batallas duras,
¿Por qué á lo menos ese honroso pecho
Con defensivas armas no aseguras?
Mira, Señor, que no son estos dias
Para tentar á Dios por muchas vias.»

Oída aquella inspiracion divina,
El Marqués la metió luego en efeto,
Poniéndose de pasta diamantina
Un milanés y bien forjado peto;
Apenas cuatro pasos mas camina,
Cuando el discurso del fatal secreto,
Llegado al fin y término, descubre
Aquello que al humano seso encubre.

Cortando el aire con veloz silbido
Llegó una bala, y en el peto fuerte
Hizo golpe y formó claro sonido
En lugar que lo diera presta muerte,
Si no fuera del temple resistido,
O por mejor decir, de buena suerte,
Que para el buen don luigo guardaba
Dios, que destos peligros le salvaba.

Con este trance y otros mil de guerra,
Que el tiempo no me da lugar que diga,
Perdiendo gente se ganaba tierra,
Haciendo mayor daño á la enemiga,
Hasta que «España, dijo, cierra, cierra;»
Y comenzó á pasar no sin fatiga
El roto puente por un paso estrecho
Que como lo demás no fué deshecho.

Abenhumeya desde la alta cumbre
Reconoce que pierde la batalla,
Y que los suyos andan sin mas lumbre,
Haciendo muestra ya de rehusalla.
«Si, como sois copiosa muchedumbre,
No fuérades, les dijo, vil canalla,
Para el puente romper manos sobrarán,
Y piés para huir no se hallarán.»

«Mas, por ser esta culpa la primera,
Alcanzareis perdon de mi clemencia,
Que andando el tiempo hallaréis severa,
Y aun rigurosa, si os tomáis licencia.»
Esto les dijo solo, y mas dijera,
Si no viera en estado la pendencia,
Que no podia ya della escaparse
Sin morir, ó ser preso ó retirarse.

Destas de guerra duras condiciones
La última escogió por menos daño;
Y así, llegaron nuestros escuadrones
A su real, temiendo algun engaño.
No fué el despojo ricos pabellones,
Tesoro ó joyas de artificio extraño,
Sino ciertas moriscas y criaturas
Que estaban entre grandes espesuras.

Reclinaba ya el sol sus hebras de oro
Trás las columnas del famoso Alcides,
Dando lugar al estrellado coro
Y fin preciso á semejantes lides;
Cuando emboscado el ambicioso moro,
Trazaba nuevas máquinas y ardidés;
Nuestro campo alojado reposaba,
Y la guardia á sus horas se mudaba.

CANTO IV.

El campo de Abenhumeya va cada dia en aumento, y hace atroci-
simos martirios en los cristianos que vivian en la Alpujarra. El
marqués de los Vélez forma ejército á su costa por la banda de
Murcia. El de Mondéjar, habiendo roto algunas veces los moros,
va sobre las Guájaras y las toma por combate.

Tiéndese en tanto la veloce fama
Por todo el mundo, y con la voz terrible
Monstruosamente afirma, jura y clama
Lo cierto, lo dudoso y lo imposible;
Ya silba aprieta, ya amenaza y brama
Cual sierpe cruda y cual leon terrible,
Haciéndose por horas mas verbosa
Con el aplauso vil de gente ociosa.

Suénase que Selim baja en persona
Con gruesa armada al reino de Poniente,
Y que á Fernando trae hija y corona
Para hacerle yerno y rey potente,
Y que á los venecianos les perdona
El tributo ordinario y el presente;
Que tiene trato hecho con Italia,
Y paso prometido por la Galia.

Abridme agora ¡oh coros celestiales!
Vuestro helicon sagrado, en quien espero;
Mostradme los secretos esenciales
De aquel original mas verdadero,
Donde se ven las causas principales
Y los efectos, sin que falte un cero;
Donde está firmemente averiguado
Lo presente, futuro y lo pasado.

El délico planeta trujo el dia;
Mas antes que del todo pareciesen
Las pirámides de oro con que guía
Los años, como á Dios plugo que fuesen;
Abenhumeya marcha por la via
Que menos embarazos le ocurriesen,
Y mas su atrocidad se efetuase
Para que su poder se acrecentase.

Otros en fuego lento eran ardidés,
Otros con pedernales desollados,
Otros de horca infame suspendidos,
Otros por entre breñas arrastrados;
Otros, á las mujeres cometidos,
Eran con alfileres lacerados,
Y así acababan las prolijas vidas
Llagados de millares de heridas.

Dos hermanos mancebos bien andantes,
Hijos de Arce el alcaide, fueron pñestos
En sendas cruces, siendo mucho antes
Rogados con ofertas y protestos
Que apostatasen, y ellos, muy constantes,
No solo á padecer fueron dispuestos,
Mas con palabras llenas de consuelo
Se despidieron ambos hasta el cielo.

«¿Qué diré de las madres lastimeras
Que, viendo suceder lo que bastara
A hacer de piedad llorar las fieras,
Murieron sin que el hierro les tocara?»
Antes cuando las manos carniceras
De aquella multitud cruda y avara
Atrozmente sus hijos les herian,
Sus almas tras las dellos despedian.

Y aquellos cuerpos frios que, acogidos
Al mas seguro puerto de natura,
De la cruel invidia defendidos
Yacian en la triste sepultura,
Eran desenterrados y ofendidos
Con denuestos y fuego; ¡oh sana dura!
Pues no perdona tu inclemencia fuerte
Los despojos humildes de la muerte.

No faltaron allí viles sayones
Que con manos sacrilegas nocivas
Diesen de eclesiásticos varones
A perros á comer las carnes vivas
Miembro por miembro, y luego las faciones,
Y para dalles penas mas esquivas,
El último tormento era en los ojos,
Porque primero viesen sus enojos.

Mas pudo nuestra Iglesia y madre buena
Destos males sacar glorioso aumento,
Pues ni el temor, la muerte ni la pena,
Amenazas ni blando ofrecimiento,
Hambre ni sed, engaño ni cadena,
Ni el ángel malo, que era el instrumento,
Contra la fe pudieron, que es mas fuerte
Que el cielo, que el infierno y que la muerte.

Y así, abrazados de tan firme escudo,
Conhortándose en ricas esperanzas,
Les dió la caridad el fuerte nudo
Que no desatan tiempo ni mudanzas;
Conviértete á tu Dios, ¡oh pueblo rudo!
Pues él mismo te avisa en tus venganzas,
Y ves en los que alliges evidente
La gracia de su mano omnipotente.

Es caso de memoria eterna dino
Que en este siglo férreo y estragado,
Do el herético error y desatino
El mundo en tantas partes trae burlado,
Se viese al vivo imágen del divino
Colegio santo del apostolado,
Cuando con sangre justa cultivaba
La celestial semilla que sembraba.

Mas ¿cómo volveré á lo que trataba?
Que á mil armas se toca por la tierra,
Y en muchas dellas al cerrar se traba
A un tiempo mismo la sangrienta guerra;
Crecen las iras y contienda brava,
Su estruendo y confusion vence y atierra
El orden de escribir y los concetos,
Que faltan cuando sobran los sugetos.

Esfuerzo pues agora, voz cansada,
Que del trabajo nacen galardones;
Y tu, lengua, no estés desconfiada,
Pues nunca á la razon faltan razones.
Mas ya de nuevo estímulo inflamada
El alma siento; ya hallo ocasiones
En la verdad, donde contemplo y leo
Escripto aquello que cantar deseo.

Si guiéndole va el campo castellano,
Aunque las asperezas lo estorbaban,
Y así iba por los pueblos el tirano,
Levantando las gentes que faltaban;
Pero corrian tras su hado insano
Los que aun dudosos á la mira estaban,
Cual suele de madera alguna puente
Arrebatada ser de gran corriente.

De tierra de Almuñécar acudieron
A la rebelion muchos lugares,
Y del Valdeleclín luego vinieron
Con mano armada herejes á millares;
Del Alpujarra en arma se pusieron
Escuadrones fortísimos á pares;
Los de Guadix llegaron á porfia,
Los del Genete y río de Almería.

Pasa el Marqués á Lanjarón, y en ella
Rompe la furia al bárbaro enemigo,
Ya en Órgiva le vence y atropella,
Ya en Pitris hace en él igual castigo;
Entre Vélez con otro estrago y mella
Le hace de su mal parte y testigo;
En Andarax le ofende y le maltrata;
En Paterna le vence y desbarata.

Mas era el retirarse peleando
Continuamente en sitio aventajado;
Y así, le cuesta gente á nuestro bando
Cualquier paso de tierra que es ganado;
El moro, su furor ejecutando,
Pasaba como rayo acelerado,
Alzando tras de sí en aquel distrito
Un número de gentes infinito.

Y los fieles que pasaban antes
Entre estos elches sus honestas vidas,
Tan pocos cuantos son los navegantes
Respecto de las ondas homicidas,
No pudiendo á tal fuerza ser bastantes,
Las suyas eran luego sometidas
Al mas abominable uso de guerra
Que las furias trujeron á la tierra.

«¿Quién pues de aquellos dias aciagos
Hará lamentacion justa y debida?
Quién de inocente sangre tantos lagos
Podrá cantar con voz entristecida;
Las abominaciones, los estragos,
La castidad preciosa escarnecida
De doncellas á vista de sus padres,
Que ven lo mismo en las cuitadas madres?»

Ejemplo se vió nuevo y espantoso
De toda crueldad aborrecible,
Por quien del pueblo al mundo mas famoso
El sexto emperador no es ya terrible;
Ni es de maravillar que el sanguinoso
Tirano de Sicilia irremisible
Holgase al son del lamentable lloro
Que Perilo entonó dentro del toro.

De hoy mas, fama parlara, callar puedes
Las muertes que vió el campo marciano,
Los caballos atroces que Diomedes
Sepulcros hizo del linaje humano;
Olvida ya las aras y paredes
De Busiris y Anteo el africano,
Y la ferina gula del que ciego
Quedó por mano del astuto griego.

Y si la piedad no te enmudece,
Destos rebeldes habla, destos cuenta;
Que en mi la voz de lástima fallece,
La mano se me turba y desalienta;
Pero si nuestra España se engrandece,
Liquidado el remate desta cuenta,
Pueda mas la razon que la terneza,
Y escribise de todo la certeza.

Mártires hubo allí que sin recelo
O pena de morir, á Dios llamando,
Vieron sus piés y manos por el suelo
Con la caliente sangre palpitando,
Y sus lenguas después volverse hielo;
Y así los troncos juntos levantando,
Con humilde paciencia agradecian
Los ásperos martirios que sentian.

El Alpujarra se me representa
Hidra con mil cabezas ponzoñosas,
Y cada cual de sangre se alimenta
De temerarias armas y enojosas;
Su furia noto aquí y allí violenta,
Y el vario proceder de nuestras cosas,
Sin que pueda de un golpe ser cortada
Cerviz en tantos nervios afirmada.

Otro caudillo veo que se muestra
De nuestra parte con semblante fiero,
En medio de un ejército que adiestra
A su mismo estipendio, orden y fuero;
En ardid y justicia hace muestra
Igual al mas osado y mas severo,
Y, á ser ciertos, venciera, de gallardo
Y fuerte, á Rodomonte y Mandricardo.

Si tal como este príncipe Argos fuera,
Nunca Mercurio astuto le engañara,
Por mas facundia que en decir tuviera,
Ni al blando son de citara cantara;
Jamás peligro vió de que temiera,
Ni cosa deseó que obrar no osara;
Fué un istmo que impidió que la morisma
De Murcia se mezclase á estotra cisma.

Este es el de los Vélez, que corona
Fué de Fajardos, y de España amparo,
Arriescando su estado y su persona
A todo el daño del peligro claro;
Fez, Marruecos, Argel y la Belona,
A la gran fama de su esfuerzo raro,
Estaban por entonces casi en duda
Si á la rebelion darian ayuda.

Y así, nuestro buen rey, agradecido,
Le confirmó de general el grado,
Reservándole gasto tan crecido
Como en aquella empresa habia tomado;
Mas en tanto que aquí me he detenido,
Al arma oígo tocar por otro lado,
Allá hacia la banda de poniente,
Donde está el de Mondéjar y su gente.

Un alto monte, lleno de aspereza,
De espadas y de lanzas coronado,
Ver me parece, en cuya fortaleza
El sobreestante vulgo está fiado;
Peñas volcando, que por su graveza
Son prestas al bajar por cada lado
Con tropel, y se llevan hasta el centro
Las cosas que les salen al encuentro.

Dos caballeros por la falda espesa
Veo anhelar á la sublime cumbre,
Contra aquel terremoto que no cesa
De dar incomportable pesadumbre;
Mas ni el peligro de la suerte aviesa,
El sitio alpestre, ni la muchedumbre
Les obliga á estancar en la subida,
Sin privarlos primero de la vida.

Y así, les pone fin un mismo día,
Y una misma ocasión, que honra se llama,
Rinde los cuerpos á la tierra fría,
Y al cielo encumbra la su noble fama;
Su epitafio escribir justo seria,
No en los cipreses de funesta rama,
Sino en laureles que representasen
Triunfo de bien morir, y así informasen:

«Yacen libres de afán, trabajo y vicio
Dos bienaventurados caballeros,
Que por la fe murieron en su oficio,
A Dios humildes, á las armas fieros;
La inmortal parte deste sacrificio
Subió á gozar los bienes verdaderos;
La tierra esconde en si el despojo humano,
Mas hale de volver tarde ó temprano.

»El uno don Luis Ponce se llamaba
De Leon, que es dignísimo pariente
Del gran don Manuel, que refrenaba
De los leones el coraje ardiente;
Este pues, que sus hechos imitaba,
Siendo en belleza y años floreciente,
Dejó muriendo lleno de mancilla
El ameno contorno de Sevilla.

»El otro, que en la vida habia hecho
Mayor tardanza, y ser ya jubilado
Pudiera en guerra, pues con fuerte pecho
A Carlo invicto siempre anduvo al lado,
Don Juan de Villaroel fué, que el derecho
De senectud habiendo renunciado,
Sus altos pensamientos le acabaron,
Y en Úbeda las damas le lloraron.

Tramonta en esto el sol por Océano,
La noche se levanta de la tierra,
Suspendese el rigor de Marte insano,
Y la tiniebla es tregua de la guerra;
Las horas prestas con volar liviano
Siguen la ardiente luz que el año cierra,
La cual al igualar del horizonte
Bañó la cumbre al contrapuesto monte.

Renuévase en el campo aquel bullicio
Que para tal empresa se requiere;
La gente se dispone al ejercicio;
La mas honrada señalarse quiere;
El buen Marqués, cumpliendo con su oficio,
El menos peligroso medio inquiere
Para ganar el sitio inexpugnable
Con ejemplar industria memorable.

Manda que, repartida á todos lados,
Arremeta de Córdoba la gente,
Quedando en el ejército soldados
En número y en forma conveniente.
No deben en silencio ser pasados
Tus claros hijos patria preeminente,
Ni es justa cosa que recelos vanos
Tal ocasión me quiten de las manos.

Solo resta que, siendo yo tu prenda,
Mires por mí, pues á ti misma toca,
Y que tu dignidad turbe y suspenda
La invidia que tu ser mueve y provoca,
Porque el grosero vulgo no pretenda
Alegar que soy parte, pues tan poca
Soy de ti, que eres todo cuanto digo,
Y mas, de que es el mundo buen testigo.

¿Quién duda, esclarecida patria mia,
La reseña que tú hacer pudieras,
Así de valerosa infantería
Como de bandas de á caballo fieras,
Tus ciudadanos, tu caballería,
Tus armas, estandartes y banderas,
Pues claramente el número excedieron
De todas las ciudades que allí fueron?

¿Quién no sabe que tú, Córdoba, fuiste
Liberal, animosa y diligente
Desde el instante mismo que sentiste
De Granada el tumulto y accidente?
Quién niega la constancia que tuviste,
Manando como clara y viva fuente
Armas, hombres, caballos y tesoro,
Conservando á tu fama su decoro?

Bien hizo desto en tiempos ya pasados
Experiencia Jerez de la Frontera,
Cuando sus muros rotos y asolados
Turbaban la esperanza postrimera;
Y mas, habiendo sídole negados
Los muy justos socorros que pidiera
A pueblos comarcanos poderosos
Con encarecimientos piadosos.

El sitio se estrechaba por momentos,
Crecían daños y sobaban muertes;
Faltaban dentro ya los bastimentos,
Que es falta que enflaquece á los mas fuertes;
Y así, en trabajos, penas y tormentos
Se vieran fenecer todas las suertes,
Si en tan estrecho punto no llegaras,
Y la ciudad amiga no liberras.

La cual, al beneficio agradecida,
Guarda con pacto eterno inviolable
La perfecta amistad y ley debida
A caso que es ya sido tan notable;
Y tan bien es de ti correspondida
Con reciproco amor y perdurable,
Que dura y durará de gente en gente,
Creciendo, si es posible que se aumente.

Ya el amenazador ronco instrumento
Y el pifano sonante denunciaban
El peligroso asalto y rompimiento
Contra los moros que en el fuerte estaban.
¿Quién dirá la virtud, fuerza y talento
Que en nuestros capitanes se mostraban,
Aumentando el valor de los soldados
En su patria nacidos y criados?

Tú, don Diego de Argote, noble argivo
Que de Argos traes insigne decendencia,
Y tú, don Pedro de Acevedo altivo,
De corazon y de gentil presencia,
Y tú, Cosme de Armenta, ejecutivo
En armas, adornadas de experiencia,
Y tú, buen don Francisco de Simancas,
Que, mozo, imitas los de sienes blancas,

Arremetistes con denuedo extraño
Con vuestras valerosas compañías
Contra el morisco esfuerzo, cuyo daño
Estaba reparado por mil vias;
Tanto, que tú, diabólico rebaño,
Seguro en aquel trance te sentias,
Sin pensar cuánto pueden los aceros
De justa causa y tales caballeros.

Difícil era y larga la subida,
Y la defensa recia la estorbaba;
De suerte que la furia descreída
A su salvo ofendía y contrastaba;
Usando de la pólvora homicida
Y de la flechería que volaba,
Herian á los nuestros de mampuesto,
Con estrago y desorden manifiesto.

No se adelanta allí paso de tierra
Si á buen precio de sangre no es comprado,
Porque desde las cumbres hacen guerra
Toda edad, todo sexo, todo estado;
Los altos riscos de la antigua sierra
Sacados del lugar que habian durado
Por tantos siglos, caen desde su altura,
Buscando nuevo centro en la hondura.

Con horrisono estruendo y ligereza,
Nacida de aquel peso que los lleva,
Pasan causando muertes y tristeza,
Sin que celada valga ó peto á prueba;
Cual suele de algun carró la graveza
Dejar la sierpe incauta que la prueba
El cuerpo roto y sin poder valerse,
Moviendo sus extremos sin moverse.

Tal se quedaba allí la flor de España:
Dichoso el que llamar á Dios podía.
Mas ya por toda la áspera montaña
La gente aventurera arremetía;
Temblaba cerca y lejos la campaña
De los golpes, estruendo y vocería;
El moro invoca su deidad propicia,
Los nuestros al apóstol de Galicia.

Tanto perseveró el afán crecido,
Que á pura fuerza pudo ser ganado
Cierto eminente sitio que habia sido
También por los contrarios ocupado;
Desde el cual pudo ser algo ofendido
El mas alto y mejor fortificado;
Y así, se combatió hasta que Apolo
Dejar quería nuestro mundo solo.

Los cuatro capitanes cordobeses,
Viendo acabarse el día, y no aquel hecho,
No se curan de petos milaneses,
Que honrosa saña les guarnece el pecho;
Y despreciando mantas y paveses,
Al recuesto arremeten mas derecho,
Diciendo: «¿A qué se espera la venganza?
Que ya parece culpa la tardanza.»

Y con dichos y hechos escogidos
Van exhortando á prietas los soldados;
Mas no pueden de muchos ir seguidos,
(Tanto los pasos eran intrincados),
Entre ciertos peñascos careomidos,
Al mismo fuerte juntos y arriados,
Hicieron alto, y fuera exorbitante
Temeridad, pasar mas adelante.

Porque fuera entregar al enemigo
Sin fruto alguno cada cual su vida,
Y poner en las manos el castigo
De cuya era la culpa conocida;
Mas ya la ausencia del planeta amigo
Dejaba á la tiniebla aborrecida
En el aire tender el manto oscuro,
Que no estaba de nubes limpio y puro.

Predominaba entonces aquel sino
Que está entre Capricornio y Pícis puesto,
Y el ártico aquilon al sitio alpino
Helaba aquella noche en vuelo presto;
El fortísimo roble, el alto pino
Tocaban con la cima el suelo opuesto;
La nieve, sacudida en remolinos,
Vuela con procelosos torbellinos.

Mas no por esto nuestros caballeros
Volvieron á bajar con la otra gente;
Antes, su acuerdo habido, «los primeros,
Dicen hemos de ser el día siguiente;
Hoy merecimos ser los delanteros;
Volver un paso atrás no se consiente,
Pues no hay alojamiento mas honrado
Que este que nuestro esfuerzo nos ha dado.»

«Oh cuánto es el efeto poderoso
Del honor en los altos corazones!
¿Qué orgullo ofrece al trance peligroso!
¿Qué tolerancia da en las afliciones!
Allí no vitualla, no reposo,
No abrigo, antes dos mil tribulaciones,
Y una resolución vence, de buena,
Hambre, cansancio, frio, angustia y pena.

Ya la prolija noche por sus puntos
Solicitaba la tercera vela,
Puesto que el frio y el temor conjuntos
Hacían todo el campo centinela,
Cuando los sarracinos allí juntos,
A quien mas causa y mas horror desvela,
Trataron entre sí de algunos medios
Por no venir á fines sin remedios.

Unos dicen: «Hablemos de partido;»
Otros socorro dicen que se espere;
Otros, que á tiempo no será venido,
Mas que morir lidiando se requiere.
Estando pues confuso y dividido
Aquel comun que en vano unirse quiere,
Un viejo que ha por nombre Haladino
A todos los demás salió al camino,

Diciendo: «Aquel yo soy que os di consejo
Cuando en vuestro hospital, fuertes varones,
Todos me obedecistes como á viejo,
Movidos de mis canas y razones;
Si agora lo haceis, un claro espejo
Podemos ser de todas las naciones;
Que muchos salvaréis las caras vidas,
Y otros las venderéis bien vendidas.

»Oid pues brevemente lo que siento,
Y sea testigo de mis voces puras
Aquel profeta en cuyo ensalzamiento
Padeceis tan graves desventuras:
Partido no le habrá sino sangriento;
Socorro vendrá tarde á estas alturas;
Y mañana sin duda los cristianos
Llegarán con nosotros á las manos.

»Mirada deste sitio la eminencia,
Para dañarles bien nos sobra gente,
Pero pensar hacerles resistencia
Muchos días, razon no lo consiente;
Prevenga pues al caso la prudencia,
Y los que sobran, del peligro urgente
Salgan con el despojo mas precioso,
Y resérvense á tiempo mas dichoso.

»A la banda del mar es la bajada
Tan agra, que se está sin guarda alguna;
Y así, no puede ser de hombre pasada
Si no es de edad gallarda y oportuna;
De viejos y mujeres no es jornada:
Descargue pues su golpe la fortuna
En los que edad ó sexo tal tenemos
Que aun escapar huyendo no podemos.

»Mas no será pequeña fortaleza
Quedar aquí sirviéndonos como escudo,
Y dar lugar á vuestra ligereza,
Hechos senuelo al enemigo crudo.
Bien se que juzgaran por extrañeza
Esta resolucio, yo no lo dudo,
Y mas los que tuvieron á sus lados
Sus mujeres y hijos tan amados.
»Oh, amigos! ¡Cuánto yerra el seso humano
Si la razon no vence las pasiones!
¿De qué sirve consuelo tan liviano
En tan extremas y arduas ocasiones,
Para hacer el otro campo ufano
Con vuestras muertes, armas y pendones,
Y el rico saco, siendo en poder nuestro
Llevar la mejor parte al del rey nuestro?

»Sus! presto, ¡qué tardais! El tiempo vuela,
Y cumple la partida ser tan presta?
Que quien por acertar mas se desvela
Debe la ejecucion dar por respuesta.
Tal era de aquel moro la cautela,
Que, no solo una empresa tan molesta,
Mas ser la noche dia persuadiera,
Frio el planeta de la cuarta estera.

Y así, fué remitido á su albedrio
El recio disponer de aquel efeto,
Como si todo el bárbaro gentio
Fuera á su voluntad sola sujeto;
No bastará á explicar el verso mio
El do' oroso examen y el aprieto
Que en bajo son allí se celebraba
Y los pechos mas duros ablandaba.

El mismo que fué autor de la partida
Era árbitro y juez del nombramiento,
Y su sentencia al punto obedecida,
Sin réplica ni algun impedimento,
Bien que la rigurosa despedida,
El aspero y profundo sentimiento,
Causaba un sollozar triste y penoso,
Mas que la propia muerte trabajoso.

Nueva suerte de mal, extremo horrible,
Mortal conflicto, ajeno de consuelo,
Nunca se vió tragedia mas terrible
En cuanto abraza el miserable suelo;
Materia de clamores insufrible,
De quejas, de temores, de recelo,
Y que el gemir y sospirar se niegue,
No hay tormento que allí en el mundo llegue.

Ya la transmigracion se efectuaba
De aquellos, de su Dios desamparados,
A quien de un yerro en otro transportaba
La grave enfermedad de sus pecados;
Mas algunos que el brazo aseguraba
Mas que los piés ligeros y alentados,
Quedaron sobre el fuerte diamantino,
Contra la opinion del Haladino.

Los demás á lo llano decendieron
Por la fragosidad de una ladera,
Tan yerba, que aun los mismos que lo vieron
Dudaron si pasó desta manera.
Nuestros jinetes solo los sintieron,
Y apresurando al punto la carrera,
Mas que la ciega noche permitia,
Hicieron una honrosa correria.

Los moros, aunque en arma resistieron
Con grande obstinacion, á hierro puro
Los mas dellos las almas despidieron,
Batiendo ansiosamente el suelo duro;
Otros de la huida se valieron
Con la oportunidad del aire oscuro;
Los nuestros se recogen á la hora
A esperar la venida de la aurora.

La cual salió despues de los celosos
Y antiguos brazos del marido anciano,
Presentando á los ojos codiciosos
Con su luz un objeto frio y cano;
Los miembros encogidos perezosos,
Del hielo y del reposo toledano,
Al resplandor de la primer vislumbre
Sacudieron de sí la pesadumbre.

Roto el silencio largo y el sosiego,
A un tiempo con mormollo y con bullicio,
El canto ronco hizo seña luego
De que se haga á Marte sacrificio.
Los sitiados se aprestan para el ciego
Y bravo asalto con siniestro auspicio,
Fabricando de su desconfianza
Mas determinacion y mas venganza.

Unos desde reparos y trincheas
Disparan sin cesar tiros nocivos,
Que obligan á beber aguas leteas
A muchos cuerpos de animos altivos;
Otros aplican mañas uliseas
A fuerzas de gigante, y los esquivos,
Y firmes riscos hacen ser mudables,
Cuyos impetus son irreparables.

El furor crece y el rumor se escucha:
Mueren cristianos, mueren sarracinos;
La sierra es agra, la distancia es mucha,
Varios los trances, varios los destinos.
Tantas horas duró la horrenda lucha,
Que ya el gran huésped de los doce sinos
Bajar queria del meridiano
Volviendo con su carro al Océano.

No me atrevo á explicar uno por uno
Los clamores causados de aquel dia,
Aunque para dolor tan importuno
Prolija relacion se requiera;
Solo de ti no quiero en tiempo alguno
¡Oh ejemplo de la gala y policia!
Callar como saliste mal herido,
Habiendo tu valor bien preferido.

A ti, buen don Jerónimo, á ti digo,
El de Padilla, cuya fortaleza
Hizo de sí al ejército testigo,
Y á todo el orbe parte tu largueza;
Dichoso tú, pues que vivió contigo
El orgullo, el valor, la realeza,
Y muerte puso término á tus dias
En brazos de quien mas que á ti querias.

Que despues de acabar esta jornada
El fin debido á tu firmeza y pena,
Te dió como vitoria señalada,
La belleza sin par de Magdalena,
Y tu alma, en su fe galardonada,
Partió ufana del cuerpo y su cadena,
Habiendo conquistado en buena guerra
Todo el bien que mas quiso acá en la tierra.

Los cuatro capitaneas señalados
Que juntos con el fuerte amanecieron,
Despues que entre pelagos declarados
El lugar y la honra sostuvieron,
Les fueron acudiendo los soldados,
Que mas aliento y ánimo tuvieron;
Y así, de las contiendas apartadas,
Se vino estrechamente á las espadas.

Allí el de Argote en la su illustre cara,
Que esta modestia en paz siempre mostrando,
De intrépido valor da prueba clara,
Heróicamente á muchos animando;
Diestro moro es aquel que se repara
De los golpes que tira redoblando,
Y aun mas de cuatro ruedan por el monte
Que su mano despacha al Aqueronte.

El inclito don Pedro de Acevedo
Con un tropel de moros se tenía,
Cubierto de su escudo, aunque el dennedo
De muro inexpugnabile te servia;
En los contrarios pechos causa miedo
Su determinacion y gallardia,
Y el ver su estoque fino y acerado
De mucha roja sangre matizado.

Don Francisco, aquel jóven producido
Para ornamento de su patrio suelo,
Hizo este dia injurias al olvido,
Acreditando mas su fama y celo.
¡Oh sol por la mañana escurecido
Con grave eclipsi de funebre velo!
¡Quién pasará callando tus loores,
Oh el mancebo mejor de los mejores?

La sangre, hecha arroyos, baña el suelo;
Los cuerpos miserables lo cubrian;
Rompe el aire el clamor, y hierre el cielo
El gemir de los tristes que morian.
Visto por el Marqués el grave duelo
De aquel linaje, y que bastar podian
Por ejemplar castigo los ya muertos,
Moderó con blandura los conciertos.

CANTO V.

Su majestad determina enviar á Granada al señor don Juan; trátese del nacimiento y crianza deste príncipe. Sale Alvaro Flores con una espía á prender al reyezuelo, y lleva mil hombres en su compañía.

Como el benigno y apacible cielo
Con su templanza y buenos temporales
Sazona el aire y enriquece el suelo,
Y alivia en su destierro á los mortales;
Así el rey justo es paz, gloria y consuelo
De sus vasallos firmes y leales,
Siéndoles norte claro que los guía
A la felicidad y policia.

Que las virtudes son ministras puras
Del bien que á todo el pueblo mas conviene,
Y la comunidad á penas duras
En concordia y justicia se mantiene;
Porque es su confeccion de mil mixturas,
De donde á cada paso le proviene
Revolucion, discordia, injuria, aprieto,
Como á quien de contrarios es sujeto.

Y así, el rey bueno es único instrumento
Que lo menos y mas juzga y modera,
Como sol de la tierra, á cuyo aliento
La rectitud se cria y persevera;
Mas si el del cielo sigue el movimiento
De otra mas alta y encubrada esfera,
No menos, sino mas, debe el terrestre
Dejar que al buen camino Dios le adiestre.

De suerte que es el reino venturoso,
Y Dios inmenso del no alza la mano,
Si el príncipe prudente y religioso
Obedece el decreto soberano.
¡Oh tres y cuatro y mas veces dichoso,
Católico invencible reino hispano,
Pues dignamente puedes gloriarte
De un rey cual tú pudieras desearte!

Estaba pues Europa entre rumores
Sospechosa, alterada y conmovida;
Africa atenta para dar favores
Al tirano que á voces la apellida;
Asia conoce estímulos mayores,
Y con ellos la saña envejecida
A rienda suelta va tras la esperanza
Que tiene de hacer cierta venganza.

El inclito monarca nuestro, viendo
Los ocurrentes casos desusados,
Sus graves pensamientos confiriendo,
Hallaba un mar profundo de cuidados;
Ya hacia el polo frio discurriendo,
De Flandes contemplaba los estados,
Ya en levante, poniente y mediodia
Las guerras y conquistas que tenia.

Mas, aunque el grande peso que sostiene
Es de momento y de fatiga extraña,
Ninguna novedad le sobreviene
Mayor que la servil guerra de España;
Y así, para el remedio que conviene
Poner con tiempo á sediccion tamaña,
Antes de consultar medios del suelo,
Así consulta y habla á Dios del cielo:

«¡Oh soberano Rey, que en las alturas
Comunicas tu bienaventuranza
Porque gocen de tí las almas puras
En siglos infinitos de holganza!
¿Hasta cuándo, Señor, las sectas duras,
Olvidando el castigo en la tardanza,
Seguras pensarán que su malicia
No ofende ni provoca tu justicia?»

No el rigor capital desta batalla
Al mundo te quito violentamente,
Ni el de otras que con la áspera canalla
Tuviste por el mismo consiguiente;
Mas Atropos cruel, que la muralla
Rompe de juventud con accidente,
Se opuso, poderosa en nuestros daños,
A la esperanza de tus verdes años.

Lloró tu acerbo fin el cristalino
Y sacro Bétis con profunda vena,
Y lloraron las damas tu destino,
Sin encubrir la causa de su pena;
Lloró en la ciudad cada vecino,
Por ser á cada cual tu vida buena;
El senado y las casas teologales,
Las cárceles, las viudas y hospitales.

Mas, tornando á tratar del gran conflicto,
Nunca se vió guerrero mas lucido
Que otro que allí traia bien escrito
En la persona su valor crecido;
Robusto era su talle y exquisito,
Rojo como unas ascuas su vestido;
Rodela fuerte lleva y ancha espada,
Alto penacho blanco en la celada.

En este traje insigne y belicoso
Se aventajaba allí Cosme de Armenta;
Tanto, que su caudillo generoso
La vista tuvo en el gran pieza atenta,
Y confesó que estaba receloso
De que no se perdiere en tal afrenta,
(Dijo, sin conocelle) aquel soldado
En obras y vestido señalado.

¡Qué mas diré, sino que la obstinada
Morisma fué en batalla tan renida
Del bando filipino quebrantada,
Y al último trabajo reducida?
Ya la soberbia en tierra derribada
A merced se entregaba de la vida;
Solo el perverso viejo Haladino
Atrozmente su fin allí previno.

Con rabioso despecho y mas presteza
De aquella que concede el ancianismo,
Se fué á precipitar desde la alteza
Mas levantada al mas profundo abismo,
Teniendo por esfuerzo y fortaleza
Ser el hombre homicida de sí mismo,
Siendo, como es, la mas vil cobardia
De cuantas un infame pecho cria.

Ganado el sitio fuerte, que no fuera
Entrado en muchos dias por ventura,
Si parte de la gente no se hubiera
Salido del con la tiniebla oscura,
Mandó el Marqués que no se recibiera
A vida alguna humana hurtura,
¡Oh guerra, á cuánto llega tu violencia,
Pues niegas á rendidos la clemencia!

Mas, como tu derecho se mantiene
Con armas, con rigor, sangre y engaño,
Tal ocasion se ofrece, que conviene
Usar de crueldad por menor daño;
Aunque el Marqués aqui otras causas tiene
Que justifican mas furor tamaño,
Venganza justa y culpas de enemigos,
Provocadoras de ásperos castigos.

Ya el destroz sangriento comenzaba,
Y entre los golpes fieros atrevidos
Del hierro, un son funesto se escuchaba
Que causaba los últimos gemidos;
La justicia severa se mostraba,
Cerrando á los clamores los oídos,
El semblante feroz, el brazo fuerte,
Hecha ministro de la amarga muerte.

No perdona á los niños inocentes
No al flaco sexo, no á la edad crecida;
Ved qué hará á robustos y valientes,
Por quien la piedad menos convida;
Solo pudo entre tales accidentes
Alguna hermosura esclarecida
La furia refrenar: tal fortaleza
Tiene entre los mortales la belleza.